

MAR PETRYK

DE TO NAN TE

MAR PETRYK DETONANTE

CAPÍTULO 1

DANTE

El cielo es un manto negro, el frío me come los huesos.

Una llovizna caprichosa humedece la leña que llevo en la vieja carretilla y dificulta el descenso. Mi pierna se queja, cada paso es una punzada que viaja hasta mi columna recordándome escenas que deseo olvidar. Pero el orgullo pisa más fuerte, por eso salí esta noche, porque tengo algo que demostrar.

Mis pulmones arden, tengo la garganta seca. Continúo, la linterna y la luna marcan el camino.

El crujir de las ramas detiene mi paso, agudiza los sentidos.

Suelto la carretilla y apunto entre los inmensos cipreses que copan la isla. Algo corre entre los árboles, camino al lago. Y no es un ciervo. Llevo aquí suficiente tiempo como para distinguir la pisada del animal de la del hombre.

—¡Hey! —Mi voz áspera por el licor retumba en el silencio. Espero que no se trate de otro turista perdido.

El crujir de las ramas se aleja, va hacia el lago.

Los músculos de mi pierna se tensan cuando aprieto el paso y salgo del laberinto de troncos.

La isla es un enemigo oscuro y silencioso cuando cae el sol. Nadie se anima a enfrentarlo. Nadie excepto yo. Y la silueta que corre.

—¡Hey! —Apunto a la sombra con curvas de mujer—. ¡¿Hola?!

No se detiene, sigue corriendo hasta que las olas se comen la orilla. Entonces, parece petrificarse de cara al lago.

—¡¿Hola?! —El grito astilla mi garganta—. ¡¿Estás perdida?

No responde. No se mueve. Sé que no vive en la isla. Conozco a los pocos que habitan este lugar. Somos, en su mayoría, hombres y ninguno está tan loco como para correr por el bosque semidesnudo en una noche helada como esta.

Avanzo sobre la arena, la linterna apunta en su dirección. Un camisolín es lo único que cubre su cuerpo pálido. No se percata de mi presencia, no la perturba la luz artificial que la alumbra. Solo observa el agua, hasta que se mete en ella.

—¡Hey! ¡El lago está helado! ¡¿Qué estás haciendo?!

Mi pierna pierde todo rastro de naturalidad cuando intento correr hacia ella. Los cincuenta metros que nos separan arden como balas.

Camina lago adentro, el agua le llega a la cintura.

—¡Hey! —Tengo el pecho en llamas. Aprieto los ojos, intento alejar los recuerdos—. ¡Vas a morir de hipotermia! ¡Sal del agua!

Mi rodilla falla y caigo sobre la arena.

—¡¿Estás loca?! ¡Tienes que salir!

El agua tapa sus hombros. El lago la devora.

Me pongo de pie. Apago los recuerdos que desfilan en mi cabeza, ignoro la quemazón en los músculos de mi pierna y avanzo. Avanzo hasta el monstruo negro que acaba de tragarse a la forastera.

No sé por qué mis gritos no atraen al imbécil del guardaparque.

El agua gélida toca mi piel y sé que es real. Sé que estoy cruzando los límites. *Mis* límites.

El mundo pierde sonido cuando hundo la cabeza en la negrura líquida.

Mi pierna se siente ligera, más hábil, más viva. Nado lago adentro con una destreza que creía olvidada, con miedo que creía enterrado.

Mis ojos luchan por cerrarse; su cuerpo, por hundirse.

Los segundos se sienten años debajo del agua, hasta que la veo y el tiempo se paraliza. Rodeo su cintura con un brazo, me esfuerzo por llevarnos a la superficie.

El oxígeno es el fruto más dulce en mi boca. Y se hizo desear.

—Te tengo —susurro, sintiendo su cuerpo lánguido entre mis brazos dormidos.

La oscuridad del lago me reclama. Quiere engullirme, pero el instinto es visceral y se abre paso dejándonos a ambos sobre la arena.

La suelto mientras mis pulmones luchan por recuperarse. El viento sensibiliza mi piel mojada, me activa.

Su cabello es fuego alrededor de un rostro inconsciente.

Mi mente no tiene voz, porque mi cuerpo sabe exactamente qué hacer. Porque fui programado para reaccionar al aleteo de una mosca.

Los masajes cardíacos comienzan.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Mi boca se pega a sus labios azules.

Su cuerpo no responde, está helado.

Mi mente sigue en blanco.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Mi boca se pega a sus labios azules.

Su pecho se infla.

La tos vibra en su garganta y es música para mis oídos.

La acomodo de costado, dejo que su sistema expulse el lago e intento que la adrenalina me abandone.

Cuando termina de vomitar agua, los espasmos la sacuden.

—¿Estás bien? —Sigo arrodillado a su lado con la piel curtida por el frío y el pulso loco—. ¿Qué intentabas hacer? ¿Estás loca? Podrías haber muerto. Tienes suerte de que haya salido a buscar leña. —De repente, estoy enojado. Conmigo—. Tienes suerte de que te haya visto.

Sus ojos se abren despacio, la noche no me deja ver qué esconden.

—¿Puedes decirme tu nombre? ¿Puedes levantarte?

Está en otro mundo.

—Yo... —El temblor también se apoderó de su voz, que suena dulce y aníada—. Yo no... no lo recuerdo. Estoy... mareada y... tengo sueño. ¿Qué...?

—Es la hipotermia. —Me levanto, la Tierra gira bajo mis pies. Me quito el abrigo empapado, dejo mi pecho húmedo al descubierto—. Voy a ponerte de pie, ¿sí?

Su cuerpo es ligero, a pesar de que cae casi muerto sobre el mío. Aferro las manos a sus muslos, intentando que rodee mi cadera con sus piernas y me facilite el trabajo que implica cargarla cuesta arriba.

—¿Qué...? ¿Qué estás haciendo? No. —Se queja cuando uno su pecho al mío.

—Tranquila, solo intento que entres en calor. —Mis pies se entierran en la arena, apenas puedo caminar. Mi rodilla ya no existe—. Estás helada. Trata de sostenerte fuerte de mi cuello, ¿sí?

—¿Dónde...? ¿Dónde estoy? ¿Eres médico? ¿Eres... la policía?

—Algo así. —Los temblores no la sueltan, la acerco más a mi pecho—. Soy Dante. Tranquila, puedes confiar en mí.

CAPÍTULO 2

DANTE

Su respiración cálida escribe sobre mi cuello.

No ha dejado de temblar, pero su pecho logró encenderse junto al mío.

—¡Jeremías! ¡Jeremías! ¡Sal de una maldita vez! —Mi pierna se deshace. Sé que esto es obra de un ser superior, de otra manera no explico cómo logré subir hasta la cabaña—. ¡Jeremías! ¡¿Dónde estás cuando te necesito?!

El cuerpo de la forastera se desliza por mis brazos, apenas puedo mantenerme en pie.

Cinco pasos me separan de la cabaña. Del fuego. Del calor. Del respiro que mis músculos necesitan. Cinco pasos que camino casi de rodillas.

Mi hombro furioso se estampa contra la puerta hasta que se abre.

—¡Jeremías! —Las piernas de la forastera caen dormidas a los costados de mi cuerpo—. ¡Luz! Alguien que me ayude.

Mis rodillas tocan la alfombra, mis brazos adormecidos hacen lo posible para dejar a la pelirroja junto a la chimenea. El fuego crepita hambriento, crea un juego de luces sobre el rostro ausente de la muchacha.

No hay una sola parte de mí que no esté temblando.

No hay una sola parte de mí que no esté aferrándose con uñas y dientes a los vestigios de adrenalina que se mezclan con mi sangre. A esa sensación vibrante a la que fui adicto. A la que soy adicto. La que extraño mucho más de lo que debería.

Los minutos pasan. El cuerpo es sabio y opera para recuperarse, se prepara para otra batalla.

—Hey, Forastera. —Alejo el cabello húmedo de sus mejillas. Sus párpados dormidos se mueven siguiendo mi voz. ¿Cuántos años tendrá ese rostro lleno de pecas? No pasa los veinte—. Voy a traerte una manta.

Me aferro al cuero del brazo del sillón y vuelvo a estar de pie.

Todas las luces de la cabaña están encendidas. La chimenea arde, pero no hay rastro de mi hermano ni de Luz.

Entro a mi habitación y revuelvo el armario. Tomo una toalla y la manta más gruesa antes de volver a la sala.

El cuerpo semidesnudo de la joven yace al lado del fuego. Sus ojos están abiertos. Su mirada caramelo me paraliza.

—¿Estás...? —Percibo la desconfianza y el pánico que irradia su expresión. Quiero acercarme sin que se sienta acechada—. ¿Estás bien?

Sigo bajo la lupa de su mirada ansiosa.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy?

—Soy Dante. Estás en la isla Victoria.

Luce como si acabara de decirle que está en otro planeta.

—Neuquén. Patagonia argentina.

—No... —Mira alrededor, estudiándolo todo—. Yo no...

Me agacho para entregarle la toalla y la manta, pero se aleja.

—¡No te acerques! —Se pega contra la pared y abraza sus piernas.

—Sirena, acabo de salvarte la vida. No soy una amenaza.

Una arruga profunda divide su tersa frente.

—¿Sirena?

—O Forastera. Parece que te gustan los deportes extremos. ¿Qué intentabas hacer?

Su silencio es abrumador, solo se oye el crepitar del fuego.

—¿Al menos vas a decirme tu nombre?

Sus ojos pasean por cada objeto de la habitación esperando que alguno lleve escrita la respuesta.

—No... —Se aprieta las sienes, cierra los ojos con fuerza—. No lo recuerdo. Yo... no sé cómo me llamo. ¿Qué...? —El tono de su voz se agudiza y pronostica lágrimas.

—Tranquila —hablo bajo, acercándome con la toalla como una bandera de la paz—. Todavía estás confundida, es la hipotermia. En unas horas todo volverá a la normalidad.

Me escucha. Me observa. Y, justo cuando creo que confía en mí, se abraza a sí misma hasta convertirse en una bolita.

—Voy a dejarte esto aquí. —Apoyo las cosas en la alfombra, al lado de sus pies heridos—. Quítate el camisón, sécate y no te alejes del fuego. ¿De acuerdo? Yo iré a prepararte algo caliente para tomar. Debes estar hambrienta, ¿no es así? —El silencio comienza a desesperarme—. Te daré privacidad.

Doy media vuelta y me pierdo en la cocina. Pongo a calentar agua. Busco dos tazas y un puñado de hierbas.

Siento la humedad en la espalda, pero mi torso está seco y tibio. Busco qué comer mientras me pregunto si será alérgica a algo.

Vuelvo sobre mis pasos para preguntarle. Cuando recuerdo que ni siquiera puede decirme su nombre, es demasiado tarde. Mi mirada se pierde en su espalda desnuda. En su cuerpo desnudo. Pasa la toalla por sus hombros, secándose de cara al fuego. El camisón es un suave charco a sus pies.

Mi garganta se seca. Mi pulso encuentra un nuevo ritmo, uno perdido.

Es la primera mujer que veo desnuda en cuatro años. Y no sé si me gusta lo que siento.

Aparto la mirada y me obligo a retroceder antes de que se percate de mi presencia.

«Esto no pasa en la isla. Esto no me pasa a *mí*».

La pava silba anunciando su punto de hervor. Lucho por alejar la imagen de sus curvas y preparo el té para seguir con la locura de esta noche.

Cuando termino, me encargo de hacer algún que otro ruido que anuncie que voy camino a la sala. Solo por las dudas. La bandeja que llevo entre las manos huele tan bien que mi apetito se despierta.

La forastera está sentada junto a la chimenea, envuelta en la manta. Su cabello es del color del fuego, feroz y vibrante, y ha comenzado a secarse. El azul casi desapareció de sus labios y sus mejillas están rosadas y brillantes.

Apoyo la bandeja sobre la mesa de centro, sus ojos la observan con reticencia.

—Deberías comer. —Señalo el queso, el pan y las frutas, pero su atención ahora está en mi torso desnudo—. No está envenenado. —Intento bromear, pero consigo lo contrario a una sonrisa—. Estoy bromeando. Quiero decir... realmente no está envenenado, es solo...

—Gracias. —No hay seguridad en su voz.

—Voy a cambiarme. —Señalo la puerta de mi habitación—. Puedes comer tranquila.

Busco una camiseta para mí y otra para la forastera. No puede seguir desnuda mucho tiempo más. Por el bien de todos. Me visto con calma y peino mi cabello húmedo con los dedos. Cuando salgo, la pelirroja está comiendo con desconfianza.

—Te traje una camiseta, así estarás más co...

La puerta se abre, la risa de Luz desaparece junto con el resto de mis palabras.

La mirada azul de mi hermano se clava como un dardo letal en la forastera.

—¿Dante? —No se mueve. Espera una explicación.

—Cierra la puerta. —La orden no lo saca de su desconcierto.

—Papi, ¿quién es ella? —El índice de Luz señala a la intrusa.

—Ven aquí. —Me agacho y su pequeño cuerpo viene a mis brazos—. ¿Cómo está mi princesa? ¿Dónde estaban?

—El tío Jeremías me llevó a la casa de la señora Raquel, fuimos a darle madera y parte de las galletitas que nos trajo la abuela.

Observo a mi hermano, que sigue hipnotizado.

—Sabes que no me gusta que te la lleves sin avisarme, Jeremías, y menos de noche.

—Dante. —Me mira por primera vez desde que entró—. ¿Qué significa esto?

Me incorpоро, Luz sigue aferrada a mi pierna.

—Amor, ¿puedes ir a tu cuarto? El tío y yo tenemos que hablar. Luego te explicaré todo, lo prometo.

Luz mira a la forastera durante un instante antes de ir saltando hasta su habitación.

—¿Por qué no me avisaste que salías? —La violencia burbujea en mi voz.

—Me parece más importante saber por qué hay una mujer... —la señala, la mirada fija en la piel de su clavícula— prácticamente desnuda en mi sala.

—Estaba ahogándose en el lago. —La historia corta parece ser la mejor—. La ayudé.

La pelirroja deja el queso en el plato, ahora se ve más asustada que antes.

—¿Ahogándose? —Suena incrédulo—. No hay barcos ni lanchas después de las diez de la noche. ¿De qué estás hablando?

—No cayó de ningún barco, Jeremías.

—No estoy entendiendo. —Tiene las manos en la cintura, aún no se ha quitado el uniforme.

—A ver, guardaparque, ¿no escuchó mis gritos? Me dejé la garganta llamándote.

Su cara es un poema. Cada vez entiende menos.

—¿Cómo te llamas? ¿Qué haces en la isla? —Se acerca y la pelirroja se estampa otra vez contra la pared—. ¿Perdiste el último barco turista?

—Déjala en paz. —Pongo una mano en su pecho, evitando que siga avanzando—. Está confundida.

—¿Confundida? —Echa fuego por la boca. Imaginé que esto no iba a gustarle—. ¿Cómo te llamas? Tengo que reportarla a Parques Nacionales, no puede estar en la isla si no es...

Dejo de escucharlo, los ojos de la forastera piden mi ayuda.

—¿Puedes calmarte, por favor? —Imprimo en mi voz toda esa paz que no siento—. Acompáñame a la cocina un momento.

No se mueve, sigue observándola.

—Jeremías. A la cocina.

Me sigue los pasos con recelo.

—¿Qué mierda significa esto, Dante? —Pretende hablar en voz baja, pero fracasa—. ¿Quieres meterme en problemas?

—Si tenemos en cuenta que eres el guardaparque y una muchacha casi se ahoga en tu zona de vigilancia, ya estás en problemas. Deberías agradecerme.

—¿Agradecerte? ¿Por qué? ¿Por jugar al héroe? ¿Por alimentar tu ego?

—¿Jugar al héroe? —Lo siento, está en mi sangre y va a estallar—. ¡Le salvé la maldita vida!

—¡Y fallaste a tu promesa! —Los susurros quedan en el olvido.

—¿Qué pretendías que hiciera? ¿Eh? —Sueno duro. De roble. Ojalá aún me sintiera así.

—Tengo que avisar. Dame su nombre. Ahora.

—No lo sé. Ni siquiera ella lo sabe. Casi muere. ¿Puedes darle un respiro? Está confundida, necesita descansar. Mañana el panorama será distinto, podrá decirnos quién y cómo...

—¿Mañana? ¿Estás sugiriendo que se quede aquí a pasar la noche?

La seriedad lo endurece tanto que, por momentos, no parece el hermano menor.

—No estoy sugiriendo nada. Estoy diciendo que se quedará aquí.

—Estás loco.

—¿Qué quieres hacer? —No sé dónde dejé la paciencia—. ¿Echarla? ¿Dejar que pase la noche afuera, bajo la helada?

—Subirla a la maldita lancha y llevarla a la ciudad.

—Jeremías, está asustada y no recuerda nada. Ni siquiera es capaz de decirme cómo llegó al lago.

Suspira, sé que está bajando la guardia.

—Es una completa desconocida. ¿Vamos a dejar que duerma con nosotros? ¿Con Luz?

—Voy a vigilarla toda la noche. Además, ¿la viste? Es ella quien tiene miedo de nosotros.

—Esto es una locura.

—Asegúrate de que Luz se acueste mientras le preparo el sofá a la forastera.

Me mira como si yo estuviera disfrutando esto.

—La forastera... —murmura al salir.

Vuelvo al salón.

—¿Eres amiga de mi papi? —Luz habla bajo, manteniendo una distancia prudencial—. Te pareces a Ariel, la sirenita. ¿También eres una sirena? ¿Por eso estabas en el lago? ¿Mi papi te salvó? ¿Cómo te llamas?

—Luz.

Da un saltito en el lugar cuando me ve.

—Papi.

—Te pedí que te quedaras en tu habitación.

—Pero...

—Ya cenaste, incluso diste un paseo. Es hora de ir a la cama. Ve a prepararte. —Acaricio sus rulos rubios—. El tío Jeremías te leerá el cuento esta noche y nosotros hablaremos de todo mañana.

No luce muy convencida, pero me besa la mejilla y saluda a la *sirena* antes de desaparecer.

La forastera luce más aturdida que antes, Luz la dejó fuera de combate en cuestión de minutos. Es el efecto que causa el terremoto de seis años.

—¿Estás bien?

—Estoy muy cansada. —Le creo a sus párpados, que luchan por mantenerse abiertos—. Y mi cabeza va a estallar. —Se aprieta las sienes, cierra los ojos.

—Necesitas descansar. —Acomodo los almohadones del sofá, extendiendo la manta vieja que suele estar sobre el respaldo—. Mañana solucionaremos esto, todo será distinto.

Es un instante. Un instante en el que sus labios se curvan con suavidad hacia arriba y una sonrisa se pierde en el tiempo.

—Gracias —susurra.

—De nada. —Señalo la puerta al costado de mi habitación—. El baño está por ahí. Puedes usarlo. Puedes cambiarte.

Extiendo la mano para ayudarla a ponerse de pie. Sus dedos, ahora tibios, se entrelazan con los míos y su mirada se pierde en cientos de preguntas que tengo escritas en el rostro.

—Gracias —susurra otra vez y se aleja del fuego.

Me quedo mirando el crepitar furioso, acomodando el caos en mi cabeza.



Los minutos son espesos.

Apagué las luces, la chimenea sigue ardiendo.

Luz está dormida, Jeremías se encerró en su habitación. La forastera está perdida en su mundo de sueños, abrazada a un almohadón. Su cabello rojo es más furioso a la luz del fuego; su rostro, más angelical.

¿Quién es? ¿De dónde salió? ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué corría por el bosque? ¿Escapaba? ¿De qué? O... ¿de quién? ¿Por qué caminó hacia el lago con tanta determinación?

Con cada pregunta mis ojos se abren un poco más. Aquí, sentado en el punto de vigilancia, comienza mi guardia.

Una incógnita. Un objetivo pelirrojo y esta noche helada.